

Efesios 5:21-31

Efesios 5:21-31 Decimocuarto domingo después de Pentecostés,
2003

21 Someteos unos a otros en el temor de Dios.

22 Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor, 23 porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. 24 Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo.

25 Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, 26 para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, 27 a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha. 28 Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, 29 pues nadie odió jamás a su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida, como también Cristo a la iglesia, 30 porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. 31 Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne.

La Biblia dice que hasta el fin del mundo habrá personas casándose y dando en casamiento. Y el matrimonio de hecho es algo que Dios ha establecido para toda la humanidad. Como toda relación en este mundo, la original hermosura de esta institución ha sido manchada por el pecado. Han entrado abusos, falta de consideración, han proliferado los divorcios, las infidelidades, etc. Sin embargo, Dios conservó el matrimonio y siguió bendiciéndolo aun después de que el hombre había caído en el pecado. Se dice como chiste en cuanto a los equipos electrónicos que cuando todo lo demás fracasa, es tiempo de leer el manual de instrucciones.

En nuestro texto para hoy tenemos un manual de instrucciones del autor del matrimonio para guiar a todos los cristianos que están casados y los que algún día piensan casarse. Veremos que Dios no sólo instituyó el matrimonio para toda la humanidad, quiere también bendecirnos con algo que reflejará, aunque débilmente, la gloriosa relación entre Cristo y su iglesia. Si amamos a Cristo, vamos a querer que lo que él es para nosotros también se refleje en todas nuestras relaciones con las demás personas. En ninguna relación será esto tan beneficioso como en el matrimonio cristiano. Allí lo que Cristo ha hecho por nosotros y nuestra relación con él nos puede motivar a transformar una

relación de la que el mundo alrededor se desespera o la considera un mal necesario. Meditemos esta mañana en el tema: “Un matrimonio fundado en Cristo”. Veremos que será una relación en que todos buscan el beneficio del otro, en donde Cristo y su amor es el modelo para el esposo, y en donde la iglesia y su sumisión da un modelo para la esposa.

Pablo comienza nuestro texto diciendo: “Someteos unos a otros en el temor de Dios”. Éste es un resultado más de lo que se oyó en el texto de la semana pasada: “sed llenos del Espíritu”. La vida del creyente, la vida guiada por el Espíritu Santo, no va a ser una vida egoísta. Más bien, estará cada uno dispuesto inclusive a abandonar algunos de sus propios derechos cuando esto beneficiará a la otra persona. Así también en Filipenses Pablo dice: “Nada hagáis por rivalidad o por vanidad; antes bien, con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo. No busquéis vuestro propio provecho, sino el de los demás. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Flp 2.3-5). Cuando cada uno está pensando en lo que conviene a la otra persona, y no en lo que quiere él mismo, tenemos una situación en que hasta donde sea posible en este mundo pecaminoso, es inclusive agradable vivir en compañía con nuestros semejantes.

Esto es lo que Pablo indica como la actitud cristiana fundamental. Este versículo también sirve como el prefacio para toda la sección de su epístola sobre las relaciones interpersonales cristianas. Con esto introduce sus comentarios sobre esposo y esposa, padres e hijos, amos y esclavos (o empleadores y empleados). Esta profunda preocupación por el bien del otro, que refleja todo lo que Cristo hizo cuando se humilló a sí mismo y fue a la muerte, la muerte de cruz, en nuestro beneficio, es lo que más servirá para hacer posible que aceptemos también los consejos para nuestra vocación y estación particular en la vida.

El primer ejemplo de aplicación específica es la relación entre esposo y esposa. Aunque Pablo comienza con la mujer, tal vez porque quiere entrar en mucho más detalle cuando llega al esposo, nosotros esta mañana vamos a invertir el orden y considerar al esposo primero.

Pablo declara: “Maridos, amad a vuestras mujeres”. Notamos que tiene la forma de un mandato. El apóstol nos está declarando la voluntad de Dios para todo esposo. Sea cristiano o no, si el esposo trata a la mujer como a una esclava, si cree que sólo existe para su beneficio, que no tiene ninguna responsabilidad hacia ella y sus necesidades, está pecando, porque en general esta falta de consideración es un pecado

contra la segunda tabla de la ley, “amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

Pero cuando Pablo aquí habla a los esposos cristianos, les presenta un motivo y un ejemplo mucho más grande para este amor. El esposo en el matrimonio cristiano debe recordar que él es redimido y salvo debido al gran acto de amor de nuestro Salvador Jesucristo. Así nos indica tanto el motivo y la medida del amor que debemos tener y ejercer hacia nuestras esposas con las palabras: “así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella”.

Cristo es el ejemplo por excelencia de lo que significa realmente amar. No es tanto una emoción pasajera, romántica, sino el propósito de no escatimar fuerzas para hacer todo lo mejor para la otra persona. Así hizo Cristo con nosotros. No negó inclusive morir cuando vio que esto es lo que convenía a nosotros. Para entender esto un poco mejor, oigamos cómo Pablo lo describe en Romanos 5: “Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguien tuviera el valor de morir por el bueno. Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro 5.6-8).

Sí, cuando pensamos en qué es el amor que debe servir de modelo para nuestro amor para con nuestra esposa, pensemos en qué tipo de gente éramos para que Cristo nos amara. ¿Fue porque éramos tan buenos y amables? Todo lo contrario. Impíos, pecadores: así éramos nosotros. Y por gente así Jesús murió. ¿No nos da otra perspectiva cuando estamos tentados a pensar que los imperfectos o defectos de nuestra cónyuge sean un motivo válido para olvidarnos del amor? El amor de que se habla aquí es el amor precisamente para con los que son indignos de ese amor. Jesús no puso precondiciones para morir por nosotros. Y no quiere que pongamos precondiciones para amar a nuestras esposas y hacer todo para beneficiarlas tampoco. “Como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella”.

Para resaltar que todo lo hizo Cristo en beneficio de nosotros, que por naturaleza éramos pecadores, Pablo sigue indicando los grandes propósitos que Cristo tuvo para los que conformamos ahora su iglesia, su cuerpo y su novia. “para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha” (Ef 5.26-27). Cristo no sólo murió por la iglesia, la ha lavado y purificado en el santo bautismo y no descansa

hasta que llegue el día en que aparecerá con él en el cielo en absoluta santidad y pureza.

“Así”, dice Pablo, “los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos”. Nos recuerda que Dios mismo ha hecho que ya no seamos independientes, ni debemos ser adversarios, sino que nos ha hecho “una carne”, y nos recuerda que “El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, pues nadie odió jamás a su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo”.

¿Siempre he practicado este amor lleno de propósito y sacrificio, como Cristo lo ha hecho por mí y por ustedes? Por supuesto que no, y en eso he pecado. Y seguramente tendrán que decir lo mismo. Pero allí es donde viene también el consuelo en nuestro texto, que nos recuerda que Cristo nos ha amado tanto que dio su vida para nuestra salvación, que nos ha llamado por el evangelio y el santo bautismo, que nos ha lavado y limpiado, y que aún diaria y abundantemente nos perdona todos los pecados. De allí encontramos la motivación y el estímulo para seguir luchando todos los días para vivir también este ideal en nuestras vidas. ¡Qué Dios nos ayude a hacerlo!

Ahora volvamos también para ver lo que dice Pablo a las mujeres. Dice: “Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor”. Después de considerar lo que Dios dice a los esposos, será evidente que Dios no está solamente avalando una situación de tiranía común en la sociedad del tiempo del Nuevo Testamento. Todo lo contrario, quiere que el esposo sea considerado y ejerza la autoridad que Dios le ha dado de manera benéfica y considerada. Sin embargo, aquí tampoco el motivo es la dignidad del cónyuge, ni si él siempre se ha portado de una manera digna y considerada, sino más bien la relación que Cristo ha establecido con ella. “Como al Señor”. Y sigue para explicar esto: “porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo”.

Seguramente la iglesia se somete a Cristo voluntariamente, no por fuerza ni porque está obligada a hacerlo. Lo hace aun cuando no siempre comprende todos los mandatos que Cristo ha dado a su iglesia para su beneficio. Lo hace porque Cristo no sólo es la cabeza, él es el Salvador del cuerpo. Ha redimido a sus cristianos de todos sus pecados, y seguramente el Dios que “no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” Cuando ha establecido este orden en la familia, será suficiente saber que esta actitud de sumisión voluntaria agrada a su Señor, el que es su Salvador. Aquí también hay tanto motivo como

ejemplo para que la mujer cristiana casada pueda dar una fiel imagen a su familia y a la sociedad alrededor de lo que es la relación entre Cristo y su iglesia.

Aquí también, cuando nuestra conciencia dice que no hemos cumplido como debemos, en vez de defender el pecado, lo que conviene es confesarlo, pero luego recordar que Cristo realmente es el Salvador de su cuerpo, la iglesia, y que él mismo en su amor les ha hecho miembros vivientes de ese cuerpo por la fe en él y su muerte en la cruz para el perdón de sus pecados. Ninguna familia cristiana en esta vida va a ser la imagen perfecta de la relación entre Cristo y su iglesia, pero por la gracia de Dios podemos cada día buscar ser más como él en amor y en voluntaria sumisión, viviendo a la luz de su gracia y perdón. Amén.